

El monte de las furias

Fernanda Trías

Última hoja

El sonido de la pala, el vaivén del cuerpo. Un tiempo hendido por otras marcas. El peso de la carretilla impulsando el movimiento de la rueda y el tzzz de la tierra al derramarse en el hueco. El borde de la pala que abre, separa, levanta (el vaivén del cuerpo). La tierra que se mece en su cama de metal y cae (estable, gruesa, irregular). Una vibración corre por los brazos, atraviesa el mango de la pala, llega a la hoja y el filo penetra. Luego el cimbronazo vuelve a subir por la pala hasta las manos y el vaivén se torna lento, pausado. El cansancio se instala. Caen los grumos sobre el cuerpo limpio, el pelo desenredado, las uñas al ras, el perfume a jabón Rey mezclándose con el otro, a fermentación y a eucalipto, olor a ternero.

Un tiempo ya lejano. (Digámoslo así).

Pero hubo otra época en que creí que la montaña me había abandonado. Ahora recuerdo al Celador apenas como un insecto. Lo recuerdo con amor porque los insectos cumplen una función en el mundo: comerse lo que sobra, limpiar la podredumbre. La montaña no desperdicia nada. La montaña se sana a sí misma, manda a sus criaturas a limpiar la muerte. Se lame las heridas hasta que estas se convierten en alimento.

No puedo extenderme mucho. Hoy volvieron las mariposas negras. Atraídas por la luz, se estrellan una y otra vez contra mi ventana.

Yo, que nunca había conocido la idea del tiempo como algo escaso, que nunca creí en el tiempo como una sustancia capaz de agotarse, estoy aquí (ironía de la vida) apurándome a llenar esta última hoja antes de que el sol despunte sobre el bosque de niebla. Los ladridos de la jauría, quién iba a decirlo, ahora me tranquilizan. Confirman que no me he quedado ciega y que la oscuridad que empuja al otro lado de la ventana es el color de la noche. En unos minutos, cuando los pájaros estallen en burbujas, sabré que se hace tarde.

Tengo que dejar mi casa.

Tengo que dejarla antes del amanecer, me dijeron. Vinieron de a cuatro a decírmelo, como si con uno no alcanzara. Pero ya voy a llegar a eso también. Antes quiero poner por escrito que las casas sí son cosas, porque cualquiera puede quitártelas.

Esta casa me dio el tiempo de entender el mundo. Mucho he pensado aquí y los cuadernos que llené sirven para demostrarlo. No pienso llevarme nada porque nada de lo que tengo va a servirme adonde voy. Ni siquiera los tallos de mi abuela, esos cogollos de raíces blancas que flotan en un frasco de agua espesa. Podría beber esa agua, que está allí desde hace treinta años, que fue puesta en ese frasco por las propias manos de mi abuela, y aun así sé que no moriré.

Nada de la montaña puede matarme. Alguien dirá: Los hombres sí, los hombres de la montaña pueden abrirte el cuello, pueden arrancarte los dedos de cuajo y cortarte los ojos en cruz con una Gillette, pueden hacerte comer tu propia lengua y por eso huyes como una rata de monte. Tal vez, pero ellos nunca fueron de la montaña.

Las mariposas negras insisten contra el vidrio. Son las mismas que escoltaron a mi madre. Madre, te vi irte con la enfermedad a cuestras, mordiéndote la nuca. Si supiera dónde estás te contaría el secreto. Te mecería como se mecen las raíces para ayudarte a morir. Te subiría a la carretilla, te lavaría, te acunaría entre la tierra mojada para que sintieras, como yo, las caricias de la lombriz. Tal vez así te hubiera amado, como amé a los frutos de la montaña.

De chica te enseñan que hay que amar a la madre porque te dio la vida, pero vos no pediste nacer: saliste dando alaridos, con la cara roja de rabia. ¿Cómo explicarlo? Es como cuando hay un agujerito en una tela y vos metés el dedo una y otra vez para agrandarlo, para desgarrar despacio, y vos querés parar pero no podés, no es tu voluntad, es el dedo, la atracción del agujero que te empuja. Así mismo, la vida. Porque darte, la vida no te da nada, pero una se obstina en seguir viviendo.

La montaña

El primer recuerdo es negro. No negro como la noche, que contiene la inminencia del día, ni negro como el descanso del durmiente, que le teme a los sueños, sino de un negro compacto, desprovisto de pliegues y fisuras. Nada interrumpe ese negro: una oscuridad que no conoce más que a sí misma, incapaz de imaginar lo que nunca existió. Negro-negro como quien dice: soy. Negro como la certeza. Negro como los órganos, el río subterráneo de la sangre. Es el recuerdo más viejo de la montaña. Después hay otros: la montaña recuerda cuando era centro de la Tierra. No muerte, sino anticipación. No nacimiento, sino espera. Recuerda el roce de las lombrices —el latido de sus diez corazones— y no saber si era ella tocándose a sí misma. Recuerda las raíces de los arbustos, primero finas y superficiales, luego gruesas

y profundas, creciendo como crecen las cosas vivas, abriendo la carne oscura con su filo, y no saber si era suyo ese dolor. Recuerda las grietas que la cuarteaban por dentro y no saber si era aquello la soledad. Entonces reinaban las aves, y ella cree recordar el sonido de sus alas a una altura en apariencia inalcanzable. Esbeltas como árboles, estables como ríos. Cuando ocurrió todo, difícil saberlo. A veces le parece acceder a un tiempo primitivo e impreciso, como esas hojas cuya forma queda estampada en la piedra pero hace mucho que han muerto. Un hueco de sí misma. Otras veces la memoria se confunde con el presente y es como si la vida se repitiera.

Ahora ya no se siente blanda y expectante, sino áspera y vieja, la piel dura de tanta erosión, lluvia y alumbramiento.

Mira hacia abajo y ve: una mujer, una casa, un hombre. La mujer sube y baja; la mujer duerme. El hombre come; el hombre sube y baja; el hombre duerme. La niebla sube y baja; va envolviendo la montaña con su abrazo tenue, nada asfixiante, y luego cae a la tierra y se convierte en lo que siempre fue.